

LIBRO CUARENTA Y UNO.

Tramas.—Lanjuinais.—Danton.—Hebert conducido en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud.—Divisiones.—El 31 de mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusacion contra los girondinos.—Votos concedidos á los peticionarios.—La Convencion.—El pueblo.—Los girondinos.

I.

Aquella fué una noche de agitaciones, terrores pánicos y conciliábulos. Mientras que los girondinos, reunidos en casa de Valazé concertaban entre sí los medios de recobrar una victoria que los montañeses debian tan solo á una sorpresa, Marat, Hebert, Dobsent, Valet, Vincent, Fournier el americano, el español Guzman, que era á Marat lo que Saint-Just á Robespierre, Henriot y unos sesenta miembros de los mas exaltados de las secciones se reunieron en un salon del Arzobispado cerrado al público. Allí deploraron los resultados de una victoria que no dándoles despojos ni víctimas, dejaba á sus enemigos la vida, la tribuna, la palabra, la prensa, partidarios en algunas secciones del centro de Paris y las ocasiones de recobrar su ascendiente. ¿Qué importaban á aquellos hombres de sangre las oscilaciones infructuosas de ma-

yoría en una Convencion que era libre aun? Querian una Convencion esclava, instrumento dócil de sus tiranos, y que solo conservase el nombre de la representacion nacional para encubrir el avasallamiento de los departamentos. Cada uno de aquellos hombres aspiraba al papel de los Gracos, de Clodio, de Mario, de Sila, de Catilina, y se creía mas grande político á medida que meditaba mas siniestras ejecuciones. Debatiéronse mil planes. Un jóven, mas bien depravado que ilustrado por las letras, Varlet, desconocido aun, esplanó un proyecto de asesinatos individuales, inspirado ostensiblemente por los recuerdos de setiembre. Varlet habia fingido falsas correspondencias de los girondinos con el principe de Coburgo, documentos á evocar la infamia y execracion del pueblo sobre aquellos pretendidos traidores á la patria. Por la noche debia irse á prenderlos uno á uno en sus habitaciones, y conducidos sin aparato á una casa aislada del arrabal de Santiago, habian de ser muertos en secreto, sepultándolos en huesas abiertas de antemano en un jardin inmediato, y ocultando al público las causas de su desaparicion. Al siguiente dia, la publicacion de la correspondencia fingida entregaría sus nombres á la execracion pública, se divulgaría el rumor de su fuga á paises estrangeros, y cuando la verdad llegase á desmentir estas suposiciones, ya estaria la república salvada, la municipalidad reinaria y el pueblo daría gracias á sus vengadores.

Tal era el plan de Varlet, el cual halagaba á los ejecutores de setiembre: pero fué rechazado por Dobsent y por el mismo Marat, primero por ser una superchería indigna de un pueblo, y despues por reducir las víctimas á muy poco número. Se resolvió que el mismo pueblo hiciera la purificacion, designando las víctimas que necesitase su venganza. Los unos fijaban en treinta el número de cabezas proscriptas, y los otros lo hacian llegar hasta ochenta, dejando á la casua-

lidad el cuidado de designarlas. Los conjurados se separaron para comunicar á las secciones y arrabales el santo y seña, que, fijado por Marat, era: «No mas paliativos.» Se ha escrito que en la misma noche otro comité superior de ejecución, compuesto de Robespierre, Danton, Fabre, Pache y algunos otros miembros principales del ayuntamiento y Convencion, se habian reunido en Charenton, en la casa donde se urdieron los movimientos del 20 de junio y 10 de agosto, y que allí los principales gefes de la Montaña se habian entregado recíprocamente sus enemigos, como Octavio, Antonio y Lépido; pero nunca se ha probado este aserto.

II.

Arrastrado á pesar suyo en la lucha Danton, hubiera deseado que la victoria se limitase á la humillacion de los girondinos, pues estaba muy ageno de conspirar contra la muerte de los rivales que mas admiraba y que menos temia en la Convencion. Tenia sobre ellos la ventaja de la popularidad, que para él era suficiente, y su corazon se interesaba por ellos. «No, decia la vispera, no merecen tanto encono esos buenos oradores: son entusiastas y lijeros como la muger que los inspira: ¿Por qué no toman á un hombre por gefe? Esa muger los perderá; es la Circe de la república.» Danton aludia á madama Roland, que habia humillado su orgullo.

Inquieto y perturbado á consecuencia de aquel desquiciamiento de la Convencion, Robespierre se encerró la vispera de la crisis en el retiro mas profundo, como un hombre que teme tocar á un acontecimiento, por no hacerlo desviar ó abortar. Solo puso en la balanza algunas palabras exigidas á su situación por el cuidado de la popularidad. Marat fué el único que alentó la cólera del

pueblo y luchó con los girondinos cuerpo á cuerpo hasta derribarlos. ¿Era aquello venganza, ambicion, vanidad de un gran papel ó inquietud de un espíritu que nunca descansaba? De todo ello habia en el carácter de Marat; pero su mayor gozo era el de hallarse en escena y representar al pueblo luchando á muerte contra sus pretendidos enemigos.

III.

Los girondinos reunidos en casa de Valazé supieron las resoluciones del comité por una casualidad. Un confederado breton partidario suyo, llegado á París por entonces, pasaba la noche del 27 delante del Arzobispado, y notó que se apiñaban á la puerta algunos grupos, y que dejaban entrar al que enseñaba al conserje cierta medalla de cobre. Movidó el breton por la curiosidad, sacó del bolsillo una moneda de cobre que confundió el conserje con la medalla. El confederado entró; pero no bien hubo empezado la deliberacion, cuando advirtió su yerro y temió ser descubierto; pero le salvaron la confusion y agitacion de los ánimos. Salió sin que nadie reparase en él, y corrió á avisar á un diputado de su departamento. Este lo condujo á casa de Valazé, quien en union de sus amigos le suplicó que volviera la noche siguiente al foco de la conjuracion para que les refiriera lo que habia visto y oido. Espúsose otra vez el breton, y su rostro, ya conocido, disipó las sospechas de los conspiradores. Volvió á dar parte á Valazé; pero le habian seguido. Al dia siguiente se encontró un cadáver, lleno de heridas, flotando en las aguas del Sena, llevando encima aun la moneda de cobre con la cual habia sorprendido á los conjurados.

IV.

La comision de los Doce, á pesar del decreto de la vispera que la suprimia, estuvo aun reunida por la noche, deliberando sobre las medidas de resistencia que los girondinos se proponian obtener al siguiente dia en la Convencion. Todos los miembros de este partido y los de la llanura fueron muy de mañana á la sesion. Isnard subió al sillón de la presidencia, decidido á adquirir de nuevo el ascendiente sobre la mayoría ó morir en su puesto. Las filas de la Montaña estaban desiertas y los diputados vencedores la vispera descansaban en su triunfo, no queriendo dejar traslucir por su afan en acudir á la sesion que pudiera frustrarse aun su victoria. Lanjuinais entretanto pidió con osadia la palabra.

Lanjuinais no era girondino. No participaba de la ambicion ni de los errores de este partido; no se habia mezclado ni en las tramas del 20 de junio, ni en las del 10 de agosto, ni en la sentencia de Luis XVI. Nacido en Renner, de una respetable familia perteneciente al foro, él mismo abogado distinguido, filósofo cristiano, sus ideas revolucionarias no eran mas que una forma de su fé evangélica. Era la igualdad uno de sus dogmas: «La nobleza,» escribia en una de sus primeras obras, «no es un mal necesario.» Se habia ejercitado en las luchas parlamentarias en los conflictos del tercer estado de la Bretaña contra la aristocracia, el clero y el parlamento de Rennes. Este mismo espíritu de oposicion al antiguo orden de cosas lo habia hecho nombrar diputado en los estados generales. Habia sido uno de los fundadores del *club breton*. Hombre del Oeste y no del Mediodia, tenia aquella austeridad de conciencia y obstinacion de carácter que no produce oradores sino héroes en los partidos. Religioso como un breton, controversista como un parla-

mentario, mas republicano por costumbres que por conviccion, Lanjuinais era uno de esos hombres que la pureza de su alma aísla en medio de los partidos, y que la generosidad de su corazon consagra á las causas abandonadas cuando en ellas creen ver la justicia y la verdad. Tenia ademas un valor que se enardecia ante el tumulto de las asambleas y ante la sediccion del pueblo, como el del soldado ante el fuego. La opresion de los girondinos por el pueblo y la Montaña lo habia irritado la vispera. Para tener á Lanjuinais en sus filas, bastaba á un partido verse oprimido.—Al presentarse, creyó la Montaña que iba á protestar y se negó á oírle.

«Tengo el derecho de ser oido sobre la existencia del pretendido decreto de ayer, dijo Lanjuinais. Sostengo que no ha habido decreto; y si lo ha habido, pido que se revoque.» Los murmullos de la Montaña le interrumpen.

«Todo está perdido, ciudadanos, esclama Lanjuinais con el gesto de un hombre que contempla la ruina de su patria, ¡todo está perdido! y os denuncio, en el decreto de ayer una conspiracion mil veces mas atroz que todas cuantas se han tramado hasta aquí. ¿Cómo de tres meses á esta parte vuestros comisionados han hecho mas prisiones arbitrarias en los departamentos que en treinta años de despotismo? ¡Hombres hay que predicán hace seis meses la anarquía y el asesinato y quedarán impunes!—«¡Si Lanjuinais no calla, grita Legendre, declaro que subo y le precipito desde la tribuna!— ¡Te figuras que soy un buey!» replica Lanjuinais (aludiendo al oficio de carnicero de Legendre). «¡Y yo, dijo Barbaroux, pido que consten en el acta las palabras de Legendre, para atestiguar la libertad de que gozamos!—¡Has prolegido á los aristócratas de un departamento, eres un malvado!» vociferan contra Lanjuinais los miembros de la Montaña. Levasseur declara que la comision de los Doce ha sido instituida, no para prevenir sino para ejecutar un complot contrarevolucionario. Crúzanse entre los girondinos y sus ene-

migos las mas violentas invectivas, negando los unos y afirmando los otros que se habia dado el decreto.

Guadet obtiene la palabra. «Hablais de legitimar un decreto dado en el momento en que los legisladores encerrados en este recinto, despues de la dispersion de la guardia deliberaban bajo la cuchilla, en medio de amenazas, ultrajes y violencias, cuando muchos de nosotros, especialmente Petion y Lasource no pudieron abrirse paso para llegar á sus puestos, cuando, en fin, algunos peticionarios sediciosos se veian animados por el mismo presidente (que ya no era Isnard) á doblegar la voluntad de la Convencion ante la del pueblo amotinado.»

Robespierre, afectando una voz débil y sus fuerzas agotadas, pronuncia algunas frases amargas y lastimeras sobre la tiranía de los Doce. El rumor de la Llanura ahoga la palabra del orador. Se vota la revocacion del decreto de la vispera que destituia la comision de los Doce. Una débil mayoría anula este decreto. El asombro petrifica á la Montaña. «¡Es preciso cubrir con un velo la estatua de la libertad!» esclama Collot de Herbois.

Danton, que trata aun de eludir la ruptura definitiva de la representacion, se levanta y quiere presentar con habilidad el último medio de conciliacion á los girondinos vencedores. «Vuestro decreto de ayer, dice á la Convencion, era un grande acto de justicia y me complazo en creer que antes de terminarse esta sesion lo volvereis á dar; pero si la comision de los Doce recobrase el poder que queria ejercer sobre los miembros de esta Asamblea, si el hilo de la conjuracion no se hubiese roto, si los magistrados del pueblo no fuesen devueltos á sus funciones despues de haber probado que sobrepujamos á nuestros enemigos en prudencia, les probariamos tambien que los sobrepujamos en audacia y vigor revolucionario.»

Todos los miembros de la Montaña se asocian con sus voces y ademanes á la declaracion de Danton. «Y nosotros, replican los girondinos, pedimos venganzas á los

departamentos y no al pueblo de las tribunas.» Marat quiere hablar. «¡Abajo Marat!» esclama la Llanura en masa. Rabaut-Saint-Etienne, relator de la comision, quiere leer por último el informe de los Doce, pero se niegan con obstinacion á oírle, é invoca la prioridad para el informe.

«La prioridad está en el cañon de alarma» responde la Montaña. Las tribunas ahogan con su estrépito la voz de los girondinos. La contra-revolucion está aqui, dice Thuriot.—Ya no somos libres, vamos á nuestros departamentos, esclama Chambon. Piden los montañeses, conforme á las insinuaciones de Danton, la libertad de Herbert y la Llanura, en virtud de una proposicion de Boyer-Fonfrede, se apresura á votarla.

Algunos peticionarios reclutados é inspirados por los girondinos piden que se les oiga. «Ya es tiempo, dicen, de que esta lucha termine. Es tiempo ya de que un tropel de malvados, ocultos bajo la capa del patriotismo, desaparezcan; es tiempo de que una minoría turbulenta entre en el órden. Decid una palabra y os vereis rodeados de defensores dignos de la causa que os está confiada. Por una parte se verán los buenos ciudadanos y en la otra un puñado de foragidos.» Interrumpidos por el mugido de la Montaña y de las tribunas, los peticionarios reciben las felicitaciones de Isnard y los honores de la sesion.

Ordenareis, dice Danton, la impresion de tal manifiesto. El pueblo francés está pronto á volver sus armas contra sus enemigos. Cuando quiera, aniquilará en solo un día á hombres bastante estúpidos para creer que hay distincion entre el pueblo y los ciudadanos. Tened presente que si se vanaglorian de obtener aqui la mayoría contra nosotros, teneis una mayoría mas considerable en la republica y en Paris.—Si, si, responden las tribunas.—¡Ya es tiempo, prosigue Danton, de que el pueblo no se limite á la defensiva! ¡Ya es tiempo de que ataque á los fautores del moderantismo! ¡Ya es tiempo de que

caminemos con arrogancia en la carrera que hemos emprendido! ¡Ya es tiempo de asegurar los destinos de la Francia! ¡Tiempo es ya de coaligarnos contra las maquinaciones de todos los que quieran destruir la república! Un día hemos manifestado energía y hemos vencido. No, París no perecerá. A los brillantes destinos de la república irán unidos los de esta ciudad famosa que los tiranos querían aniquilar. París será siempre el terror de los enemigos de la libertad; y sus secciones, en los grandes días, cuando el pueblo se reuna en masa, harán siempre desaparecer esos miserables fuldenses, esos cobardes moderados cuyo triunfo solo es de un momento.»

Esta elocuente digresion de Danton, acompañada de unánimes aclamaciones, terminó la sesion dejando indeciso el éxito de la jornada. «¿De qué me sirven vuestras quejas? dijo Danton saliendo de las Tullerías á los grupos que le cercaban. Solo veo á los enemigos; ¡marchemos juntos contra los enemigos de la patria!»

V.

Aquella noche Hebert fué conducido en triunfo desde la cárcel á la casa municipal, donde recibió una corona de laurel de manos de Chaumette. Se pidió que en espiciacion del cautiverio de Hebert, la comision de los Doce fuese llevada ante el tribunal revolucionario. Hebert, quitando la corona de su frente, fué á depositarla en el busto de Rousseau, el primer apóstol de la libertad. Los artifices de la revolucion rendian siempre culto al primer pensamiento de su obra en el autor del Contrato social, que tantas veces hubiera dejado de reconocer semejantes discípulos. La sesion del día siguiente en la Convencion fué tranquila: calma engañosa que con frecuencia precede

de cerca á las tempestades, asi en los movimientos del pueblo, como en los fenómenos atmosféricos.

La sesion del club de los Jacobinos del 30 fué el preludio de las tormentas del día siguiente. Mientras el comité insurreccional del Arzobispado concertaba el movimiento, Legendre y Robespierre en los Jacobinos, Marat y Danton en los Franciscanos, sostenian la efervescencia de la opinion. «Me siento incapaz, dijo Robespierre, de prescribir al pueblo los medios de salvarse, porque esto no es dado hacerlo á un solo hombre; esto no lo puedo hacer yo, fatigado por cuatro años de revolueion y por el espectáculo desgarrador del triunfo de la tirania! ¡No me es dado á mi indicar esas medidas, á mi, que estoy consumido por una fiebre lenta, y especialmente por la fiebre del patriotismo!» Esta aparente resignacion del patriotismo impotente abandonado por si mismo, era la inicitacion mas hábil á la energía desesperada del pueblo. «No, no, le respondió uno de los mas exaltados jacobinos: nunca creará la posteridad que veinte y cinco millones de hombres hayan podido dejarse subyugar por un puñado de intrigantes, ó no verá en nosotros mas que veinte y cinco millones de cobardes! Digo que mañana es preciso que se estremezca el bronce, que retumbe el cañon, y que todos los que no se levanten contra el enemigo comun sean declarados traidores á la patria. Cuando resuene el bronce alentaré esta armonia á los cobardes, que se alzarán con nosotros, y esterminaremos á nuestros enemigos.»

VI.

Circulaban por todo Paris las medidas insurreccionales del comité central del Arzobispado. El consejo municipal, reunido en sesion permanente en el ayuntamiento,

comenzaba á hablar como dueño y á amenazar á la Convencion. Las secciones tumultuosamente reunidas, se agitaban en deliberaciones contradictorias, segun que la ausencia ó presencia de sus individuos daba ó quitaba la mayoría á uno ú otro de los dos partidos. Las noticias siniestras que llegaban una tras otra de la Vendée, de las fronteras y del Mediodía, esparcian el terror en el alma del pueblo, disponiéndolo á tomar un partido desesperado. Desastres en el ejército de los Pirineos, la retirada mas semejante á una derrota del ejército del Norte, Valenciennes y Cambrai bloqueadas sin poder ser socorridas, y contando dia por dia la duracion de una resistencia que se creia imposible; las tropas republicanas derrotadas en Fontenay por las fuerzas realistas de Lescaure; Marsella en efervescencia; Burdeos exasperado; Lyon dejando escapar las primeras chispas de la insurreccion que se abrigaba en sus muros; todas estas calamidades á la vez cayendo sobre la república, desgarrada entonces mismo en la Convencion, exasperaban las almas contra los hombres ó débiles ó péridos que gobernaban desgraciadamente la patria.

El pueblo, no sabiendo á quien echar la culpa, achacaba á los girondinos todas las calamidades del momento. Estos, para resistir al torrente de impopularidad dirigido contra ellos, no tenian mas que la fuerza abstracta de la ley. Las bayonetas y picas de la guardia nacional flotaban al acaso, á merced de la versatilidad de las sesiones. Entre oradores intrépidos por una parte, que apelaban á departamentos muy apartados para oírlos, y por otra todo un pueblo armado, sublevado por motores ocultos y dirigido por los jacobinos organizados, el triunfo no podia ser dudoso. Confiados al principio los girondinos en la legalidad de su causa y en el favor que les prestaba la clase mejor acomodada de Paris, comenzaban al fin á preveer su ruina preparando para ella sus almas, menos como políticos que como mártires. Sin embargo,

aun se complacian en prometerse que recobrarían su fortuna en los últimos momentos. Provocaban de los departamentos manifiestos sobre manifiestos para poner sus cabezas bajo la responsabilidad de Paris. Creian que si los moderados de la Convencion eran demasiado tímidos para arrostrar con ellos el poder de la municipalidad y destruir la anarquía, tenían tambien el suficiente apego á su seguridad para no abandonarse á sí propios, entregando las cabezas de veinte y dos de sus colegas al ostracismo ó al patíbulo de Marat. Se negaban á creer que los hombres honrados de las secciones empleasen nunca contra la representacion nacional las bayonetas que llevaban para defenderla.

Tan monstruosa les parecia semejante violacion, que la consideraban como imposible, y la venganza de los departamentos era para ellos tan segura é inminente, que intimidaria á los mismos asesinos. Unidos en ideas y peligros con aquellos numerosos miembros de la Llanura, que se sentaban entre ellos y la Montaña, contaban con secreta seguridad con aquellos trescientos votos que en todas las ocasiones decisivas les habian dado la mayoría. Creian en el derecho, en la sensatez, en el interés bien comprendido, en el valor de las asambleas. Olvidaban la envidia, el temor, la facilidad en dejarse arrastrar, los tímidos pretestos con que los débiles escusan su cobardia ante un peligro que creen conjurar entregando víctimas. Difundian estas ideas vacilantes, unas veces confiadas, otras desalentadas en las diferentes reuniones nocturnas que tenian despues de las sesiones de noche. Buzot, Louvet, Barbaroux, Petion, Isnard, Rebecqui subian uno por uno, ocultándose á las miradas del pueblo, por la escalera de la casa de Roland, oculta en el fondo de un patio de la calle de Laharpe. Allí vituperaban aquellos intrépidos jóvenes la lentitud y vacilacion de la comision de los Doce, que segun ellos hubiera debido precaver los ataques de la tribuna, arrastrar y compro-

meter á la Convencion desde la primera noche á entregar á Marat, Pache, Danton y Robespierre al tribunal revolucionario, ó llamar las fuerzas de los departamentos á Paris á reorganizar las secciones y cerrar los clubs, de donde salian la anarquía, el crimen y el miedo.

Roland, humillado por su caída y deseando tener la gloria de asegurar la república vacilante, desplegaba aquella aterradora energía de palabras que nada cuesta á los brazos desarmados. Madama Roland, unas veces por el interés apasionado que experimentaba su corazón hacía sus amigos, y otras por el temple varonil de su carácter, alentaba y enternecia alternativamente aquellas conversaciones. Buzot adoraba en ella la imagen y la voz de la patria; Barbaroux la escuchaba con el respeto y entusiasmo propios de su edad. Dispuestos estaban á morir; pero querian morir combatiendo.

VII.

Vergniaud, Condorcet, Sieyes, Fonfrede, Ducós, Guadet y Gensonné se reunian con mas frecuencia en la calle de San Lázaro ó en Clichy, tan pronto en casa de una muger apasionada de uno de ellos, como en la del jóven Fonfrede. Eran los políticos del partido. Sieyes les aconsejaba actos de vigor cuya responsabilidad no queria tomar en su solo nombre. Hombre de energía, pero no de ejecucion, Condorcet se irritaba del aborto de sus ideales teorías, y se consagraba á la muerte para no abandonar sus ideas sino con su sangre. Fonfrede y Ducós, montañeses en cuanto á ideas, pertenecian á las filas de los girondinos por su odio contra Robespierre, y mucho mas por lazos de amistad entre colegas mas poderosos que los de opinion entre hombres de corazón que se han jurado fidelidad. Ducós y Fonfrede se inclinaban á

no reconocer la comision de los Doce, cuyas imprudentes provocaciones habian vituperado.

Guadet, lleno de ardor, de elocuencia y de intrepidez, arrastrado él mismo por el torrente de su entusiasmo y fiando en el poder de sus arranques sobre la Convencion, no queria otro plan que lo imprevisto, otra tactica que la improvisacion, ni otras armas que su palabra, hallandose tan dispuesto á vencer como á morir, con tal que fuese en un brillante movimiento de tribuna.

Mas reflexivo y ejercitado en las medidas de gobierno, Gensonné queria pedir á las bayonetas de las secciones una proteccion y un triunfo que ya no hallaba para la Constitucion en las oscilaciones de una mayoría vacilante.

Vergniaud, la fuerza, la gloria, y la última popularidad de su partido, se veia solicitado por todos para que tomase la direccion suprema de aquella lucha, preparase sus pensamientos, sus sentimientos y sus palabras, únicas que podian contrapesar la grandeza del peligro: querian que subiese á la tribuna, dejase desahogar su alma indignada ante su patria, anonadase la conspiracion bajo la ley, y que volviese á los buenos ciudadanos el ánimo que su silencio dejaba extinguir en todos los corazones.

Vergniaud escuchaba irresoluto y sin contestar las interpelaciones de sus amigos. Demasiado previsor para dejar de comprender la estremidad del peligro, demasiado valiente para temer la muerte, era tambien demasiado político y muy profundamente versado en la historia para que en él causaran ilusion los diferentes planes que le proponian. Tenia Vergniaud repugnancia en tomar la responsabilidad de la derrota y ruina de su partido, que ya le parecia consumada. Mirando en torno suyo no veia ninguna fuerza real en que la república, tal como él la habia concebido, pudiese apoyarse para resistir á la anarquía. El considerable alcance de su vista no le mostraba mas que abismos donde los otros creian ver recur-

sos. Su mismo genio lo desalentaba porque solo servia para hacerle distinguir mejor lo imposible. ¡Qué situacion tan horrible para un talento superior! En las crisis desesperadas, los límites de la inteligencia son una felicidad para las medianías, pues no les privan de su fogosidad dejándoles la ilusion; pero Vergniaud carecia ya de una y otra, conservando, sin embargo, aquella impassibilidad estóica que no necesita incentivos ni ilusiones, que ve acercarse sin palidecer el momento supremo, y que al combatir sin esperanza, acepta la derrota asi como los hombres aceptan el martirio con toda la sangre fria y todo el heroismo de la voluntad.

VIII.

Muy pocas veces habian arrastrado á Vergniaud los extravíos de su partido. Con la vista fija en la Europa, conocia el grande orador, tan profundamente como Danton, la necesidad de fortificar la unidad de la república para resistir á la desmembracion de la patria; lastimábase el federalismo desesperado de Barbaroux, Louvet y madama Roland. Nunca se habia servido del federalismo en sus discursos sino como un argumento desesperado propio para hacer estremecer la misma anarquía. Conocia que los enemigos mas encarnizados de la Francia no podian concebir contra ella cosa mas funesta que aquella desmembracion voluntaria, meditada por algunos insensatos. Lo que temia para su patria en la lucha que se habia empeñado contra la municipalidad, no tanto era la proscripcion y la muerte de sus amigos y la suya propia, como la insurreccion y dislocacion de los departamentos que debia seguir al desquiciamiento de la representacion. El patriotismo ahogaba del todo el espíritu de partido en

el alma de Vergniaud. Su palabra participaba de aquel ardor por el fuego de este mismo patriotismo.

En medio de esta indecision, Vergniaud, como todos los hombres colocados ante lo imposible, no pedia al destino, á sus amigos y á sus enemigos, mas que tiempo, al cual habia sacrificado aceptando la república al dia siguiente del 10 de agosto, cuando la vispera creia aun en la necesidad transitoria de una monarquia constitucional, y tambien cuando contra su conciencia votó la muerte de Luis XVI. Estas dos concesiones habian contenido el peligro, pero del mismo modo que contiene el dique las aguas, acumulando y agravando su peso. Vergniaud queria contenerlo todavia y cediendo el gobierno á la Montaña, disputar la anarquía al pueblo y precaver la ruptura de Paris con los departamentos. Sin ambicion por si mismo, sin vanidad tan siquiera por su nombre, nada le costaba entregar el poder á sus rivales. Se reconocia por la naturaleza superior á los que lo dominasen por la política. Su poder era su genio y no se lo podian arrebat. Cediendo el poder no creia ceder nada, ni aun la gloria, porque la gloria del sacrificio era á sus ojos mayor que la de la dominacion.

IX.

Vergniaud se inclinaba por lo tanto hácia las medidas de transaccion, y Danton que tenia las mismas miras, mantenía de buena fé estas disposiciones conciliadoras de Vergniaud por medio de amigos comunes.

Robespierre y Pache, seguros ya de la victoria, se dedicaban de antemano á reducir la insurreccion al carácter de una demostracion irresistible de la voluntad del pueblo. Querian gravitar sobre la Convencion, mas no destruirla. Nada de sangre, nada de victimas, tal era

la nueva contraseña que Pache y sus cómplices hacían circular.

Suprimir la comision de los Doce, espulsar veinte y dos miembros de la Convencion, dar la mayoría á la Montaña, entregar el gobierno revolucionario á la municipalidad de Paris, establecer un terror legal bajo el nombre de una representacion nacional intimidada y avasallada; á esto se limitaban los resultados de los sucesos preparados por los conspiradores. Una violencia material, sangre derramada, cabezas entregadas al pueblo, hubieran dado á los departamentos demasiados pretextos de insurreccion y demasiados motivos de venganza. Temiase en aquel momento la extraordinaria fermentacion del Mediodía, la guerra del Oeste, las agitaciones de Lyon. El rompimiento de la Convencion podia ser la señal del repentino desquiciamiento de la Francia. Era preciso encubrir la tiranía con la máscara de moderacion y respeto hacia los departamentos. Era menester ocultar, aun á los ciudadanos armados de las secciones, el carácter del atentado que iban á hacerles cometer. Robespierre, Danton, Pache, el mismo Marat, convinieron al fin en estas ideas de prudencia. Henriot recibió la orden de disciplinar la insurreccion, y confundir de tal manera en sus medidas las órdenes de la Convencion y las de la municipalidad, que la rebelion tuviese el carácter de la legalidad y que las fuerzas dirigidas á las Tullerías no pudiesen saber si iban á libertar ú oprimir la Convencion. Este carácter hipócrita y equívoco de las jornadas del 31 de mayo y 2 de junio, se debió todo al genio artificioso de Pache, quien inspiró su política al ayuntamiento, sosteniendo mejor que lo habia hecho Pétion el 10 de agosto, el doble papel de provocador y temporizador del movimiento.

X.

Estas ideas conocidas de los girondinos, les dejaron creer que la sesion del 31 se limitaria á una violenta lucha de mayoría, en la cual no tomaria el pueblo parte sino con su curiosidad y sus gritos en favor de la Montaña, pero que la menor concesion por su parte, apaciguaria como habia sucedido en los precedentes días. Las noticias que les daban eran distintas, segun los barrios y clubs de donde se las llevaban.

La sesion del 30, corta y sin discusion, no fué notable sino por una diputacion de veinte y siete secciones de Paris que pedian la destitucion de la comision de los Doce y la prision de sus miembros. Un jóven patriota, exaltado por la edad y las circunstancias, orador de la diputacion, intimó con violentas palabras los deseos del pueblo: «No haré un largo discurso, dijo. Los espartanos se espresaban en pocas palabras, pero sabian morir. ¡Nosotros los parisienses, colocados en las Termópilas de la república, sabremos morir en ellas y tendremos vengadores!» La Convencion poco numerosa, y cuyos asientos del centro estaban desocupados, votó la impresion de esta peticion. Esta resignacion iba acostumbrando por momentos á la municipalidad á ser mas audaz, y á la representacion nacional á ser mas paciente.

El consejo general de la municipalidad se reunió por la noche, y se hizo el centro activo de la insurreccion, quedando Paris dividido desde aquel momento en dos campos: uno que comprendia en su recinto las Tullerías, el Carrousel, el Palacio Real, todos los barrios opulentos ó comerciantes de la ciudad, cuyos batallones, compuestos de ciudadanos amigos del orden, estaban aun por los girondinos; y otro que estendiéndose desde la casa de ayuntamiento hasta la estremidad de los dos grandes arraba-

les de San Marcelo y de San Antonio, era adicto á los jacobinos. Todas las grandes jornadas habian tenido su foco en aquella region popular y poblada de la capital. Podian clasificarse geográficamente las opiniones del pueblo. Desde los Campos Eliseos á la altura del Puente Nuevo, se estendia la ciudad constitucional; desde el Este á la Bastilla, la revolucionaria. Las Tullerías eran el centro de la primera, y la casa municipal el de la otra. Eran dos pueblos, y á veces dos ejércitos; el uno queriendo siempre avanzar aunque fuera en la anarquía; el otro, detenerse aunque fuera en lo provisional y en la inconsecuencia. La indigencia, inquieta, sediciosa, pero desinteresada por su naturaleza, es el arma ofensiva de las revoluciones. La riqueza egoísta y estacional, es el arma defensiva de las instituciones. Las opiniones de la generalidad de los hombres se calculan sobre el término medio de su fortuna. El pueblo es el ejército de las ideas nuevas; al paso que los ricos constituyen el de los gobiernos. Al uno lo recluta la esperanza, al otro el miedo. Tales eran los dos París que se hallaban frente á frente: el uno sublevado por los montañeses; el otro temblando con los moderados.

XI.

Pache, Chaumette, Hebert, Sergent y Panis, afectaron conservar durante aquella noche en sus actos y palabras en la municipalidad, las apariencias de legalidad. Sabiendo Pache que el club del Arzobispado tomaba resoluciones escesivas se presentó en él, aconsejando á los sediciosos que se moderasen y esperasen. Volvió al consejo á anunciar á sus colegas, que sus recomendaciones habian sido impotentes contra la irritacion del pueblo, y

que el comité acababa de declararse en insurreccion y de mandar cerrar las barreras y prender á los sospechosos. No bien hubo acabado Pache de hablar, cuando se oyó el toque de rebato en las torres de la catedral.

Eran las tres de la mañana. Aquellos sonidos siniestros propagandose rápidamente de campanario en campanario, despiertan con sobresalto á los ciudadanos de París, enardeciendo á los unos y aterrorizando á los otros. Desde el 14 de julio habia sido el toque á rebato el paso de carga de las grandes sediciones populares. En medio del tumulto que aquel ruido escita en la casa municipal y en la plaza de Grève, un jóven llamado Dobsent, orador del comité del Arzobispado, entra en el salon del ayuntamiento á la cabeza de una diputacion de la mayoría de las secciones. Dobsent declara en nombre del pueblo soberano representado por las secciones, que herido en sus derechos acababa de tomar medidas estremas para salvarse á sí mismo, y que la municipalidad y demas autoridades departamentales quedaban destituidas. Al oír esto, Chaumette intima á sus colegas que abduquen su poder entre las manos del pueblo. Todos los miembros se levantan, dimiten sus cargos, juran no separarse de la nacion, y se retiran gritando *Viva la república*.

Dobsent crea en aquel mismo instante un nuevo consejo compuesto en su mayoría de los antiguos miembros, reponiendo en sus funciones en nombre de la insurreccion á Pache, Chaumette y Hebert. El consejo, sin embargo, mudó su título en otro mas significativo, declarándose consejo general revolucionario de la municipalidad de París. Ordena á Henriot que mande disparar cañonazos de alarma, tocar á rebato en la casa municipal y envia refuerzos á las guardias de las cárceles para precaver la evasion ó matanza de los presos. Los gendarmes ó guardias nacionales de la guardia de la plaza de Grève desfilan de nuevo, prestando juramento al poder insurreccional. De cuarto en cuarto de hora, vienen á adherirse al

movimiento y fraternizar la insurreccion repetidas dipu-
taciones en las secciones y batallones.

Amanece, y la ciudad entera se halla en pie: el cor-
regidor Pache, dictador de una noche, se dirige á la Con-
vencion para dar cuenta de la situacion de Paris. Alguno
miembros del consejo le acompañan, para interpo-
nerse en caso de necesidad entre el puñal y el corregi-
dor. Una inmensa columna del pueblo le sigue hasta el
Carrousel, formándole una escolta popular. Henriot, á
caballo, recorre las secciones, hace marchar los batallones
y forma las tropas en masa en derredor de las Tullerías,
en el Puente Nuevo y en el Carrousel. Henriot asocia,
como Pache, á la insurreccion la fuerza pública,
destinada al parecer á fomentarla y á contenerla á un
tiempo mismo. Para herir la imaginacion del pueblo é
intimar á las secciones inmediatas de las Tullerías, hace
trasladar al Carrousel, frente á la puerta de la Con-
vencion, hornillas de hierro en que los artilleros enrojecen
las balas como si la tiranía y los suizos estuviesen aun
ateñiderados en aquel palacio. De minuto en minuto
suenan el cañon de alarma en el Puente Nuevo. Los bata-
llones inciertos de si venian á sitiar ó defender la Con-
vencion, ocupan los puestos que se les asignan, acostum-
brados ya á seguir, mas bien que á comprimir los capri-
chos de la multitud.

XII.

Tal era el aspecto de Paris en la madrugada del dia
31 de mayo. El cielo estaba sombrío, el viento glacial
irritaba la fibra de los hombres, predisponiéndoles á la
cólera. Los guardias nacionales tiritaban bajo sus forni-
turas. El insomnio, el frio, el toque á rebato, el estam-
pido de los cañonazos de alarma, la impaciencia del éxito

la duda, el asombro, la incertidumbre, daban á las fiso-
nomias del pueblo y de los soldados cierto aspecto ató-
nito y siniestro que se pinta en el rostro del vulgo como
en el de un criminal la vispera ó el dia siguiente de los
grandes atentados.

XIII.

Los diputados amenazados, temiendo las emboscadas
de aquella noche, no se habian acostado en sus casas; y
solo Vergniaud, siempre impasible y resignado á la fa-
talidad, habia rehusado con obstinacion tomar ninguna
medida de seguridad. «¿Qué me importa la vida? res-
pondió la vispera saliendo de casa de Valazé. Mi sangre
seria tal vez mas elocuente que mis palabras, para des-
pertar y salvar mi patria. Que la viertan si debe recaer
sobre ellos.»

Los demas se habian dispersado para tomar algunas
horas de descanso en las casas de sus amigos. Buzot,
Barbaroux, Louvet, Bergeon, Rabaut Etienne y Guadet
se habian reunido en un solo cuarto al fondo de un barrio
estraviado. Tres camas, algunas sillas, armas seguras,
puertas atrancadas y la resolucion de no morir sin ven-
ganza les habian permitido gozar de algunos momentos
de sueño. A las tres de la mañana los cañonazos de alar-
ma y el toque á rebato los despertaron. — ¡*Ille suprema
dies!* exclamó Rabaut-Saint-Etienne prestando oido al es-
truendo. Rabaut, como hombre piadoso, se arrodilló al
pie de la cama en que acababa de dormir libre por la
última vez, é invocó en alta voz la misericordia divina
sobre sus compañeros, su patria y sobre si mismo. El
escéptico Louvet y el joven Barbaroux refirieron despues
que aquella oracion de Rabaut, antiguo ministro del
Evangelio, habia conmovido profundamente sus corazos.

nes. Hay momentos en que el pensamiento de Dios fuerza á los hombres á entregarse á él con violencia, con el sentimiento de su propia impotencia; pero nunca es para abatirlos. Rabaut se levantó sereno y fortalecido.

Sus amigos y él bajaron á las seis á la calle, con pistolas y puñales ocultos bajo su ropa, y llegaron sin haber sido reconocidos á su puesto en la Convencion.

El salon estaban aun vacío. Solo Danton agitado por los sucesos de la noche é impaciente por los del día se hallaba paseando allí con visible ansiedad. Estaba hablando con dos miembros de la Montaña, y al ver entrar á los girondinos, á los cuales consideraba á su pesar como víctimas, hizo Danton un gesto de sentimiento; y un movimiento convulsivo de compasion contrajo sus labios. Louvet lo tomó por una sonrisa de gozo. «Ves, dijo á Guadet, ¿qué horrible esperanza brilla en ese rostro espantoso?—Sin duda, contestó Guadet en voz bastante perceptible para que pudiera oírle Danton, ¡hoy es cuando Clodio destierra á Cicerón!»

XIV.

Mientras que el salon se iba llenando y los grupos de diputados se interrogaban mutuamente sobre los sucesos de la noche, la seccion armada de la Butte des Moulins, sostenida por otras cinco inmediatas del centro de Paris, teniendo noticia de que el arrabal de San Antonio estaba en marcha para desarmarlas, se atrincheraba en el jardin del Palacio Real y cargaba sus piezas con metralla, presentando un último punto de apoyo á los moderados de la Convencion contra la opresion de la municipalidad. Llegados los cuarenta mil confederados á la altura de las verjas del Palacio Real, quisieron forzar las puertas del jardin. Las secciones del centro se dispusieron á defen-

derlas; la sangre iba á correr; se parlamentó. Los confederados se contentaron con pedir la entrada en el jardin para las diputaciones de sus batallones á fin de asegurarse de si era cierto que los seccionarios del Palacio Real habian enarbolado la escarapela blanca. Las diputaciones introducidas reconocieron lo absurdo de la calumnia y estrecharon las manos de sus hermanos de armas. Este episodio apaciguó la cólera del pueblo y contuvo los batallones de ambos partidos en una pasiva inmovilidad.

La sesion de la Convencion se abrió á las seis. El ministro de lo interior, Garat, y Pache despues de él dan cuenta de la fermentacion de Paris, y la atribuyen al reintegro en sus funciones de la comision de los Doce.

Impaciente por decidir la jornada, Valazé sube uno de los primeros á la tribuna. Vergniaud, que teme el arrojamiento de sus amigos, hace un ademán de disgusto y combina sus ideas. «Desde que se levantó la sesion de ayer, dice Valazé, se oye el toque á rebato y la generala. ¿Y por orden de quién? ¡atreveos á mirar donde están los culpables! Henriot, comandante provisional, ha enviado al Puente Nuevo la orden de disparar los cañonazos de alarma. Es una prevaricacion manifiesta, castigada con la pena de muerte.» (A estas palabras se sublevan las tribunas). «Si el tumulto prosigue, continúa Valazé con intrepidez, declaro que haré respetar mi carácter. Soy aquí el representante de veinte y cinco millones de hombres! Pido que se mande á Henriot venir á la barra, y se le arreste. Pido que la comision de los Doce tan calumniada, sea llamada para comunicarnos las noticias que haya recogido.»

Thuriot sucede á Valazé. Pide que dicha comision sea por el contrario abolida al momento, sus papeles sellados, y el exámen de sus actos conferido al comité de salvacion pública. El toque á rebato entrecorta é interrumpe al fin las palabras de Thuriot. Levántanse gritos con-

fusos de todos los lados, unos en favor de las proposiciones de Valazé, otros por las de Thuriot, y el cañon de alarma lo domina todo. Vergniaud desde la tribuna hace una señal de pacificación y obtiene por fin silencio.

«Estoy tan persuadido de las verdades que os han dicho sobre las funestas consecuencias del combate que parece prepararse en París; estoy tan convencido de que este combate comprometería eminentemente la libertad de la república, que según mi opinión el que desee verlo empeñado es cómplice de nuestros enemigos exteriores, sea cual fuere el éxito que aquel tuviese. ¡Y os pintan la comisión como el azote de la Francia en el momento en que oís los cañonazos de alarma! ¿Se pide que sea abolida por haber cometido actos arbitrarios? No hay duda que si esto es cierto, debe ser abolida. Pero debemos oírla, y con todo no es este el momento á mi parecer, de hacerlo, porque su informe irritaría necesariamente las pasiones, lo cual es preciso evitar en un día de fermentación. Lo más necesario es que la Convención pruebe á la Francia que es libre. ¡Pues bien! para probarlo no debe hoy abolir la comisión, y pido que se aplace para mañana. Entretanto sepamos quién ha mandado disparar el cañon de alarma y hagamos comparecer á nuestra barra al comandante general.»

Gritos unánimes de aprobación sancionan este aplazamiento propuesto por Vergniaud, que si no salvaba la libertad ni el honor, á lo menos salvaba la actitud de la Convención. Apaciguaba al pueblo prometiéndole la victoria; satisfacía á la Montaña escusándole la odiosidad de la violencia; preservaba las cabezas de los girondinos prometiéndoles su abdicación; era una vana protesta de respeto á la ley; convenia á todos y especialmente á los débiles. Los girondinos se consideraron á la vez perdidos y salvados en la concesion de su orador. Los que pensaban en su propia vida lo aplaudieron; los que atendian á su honor, quedaron mudos y consternados.

Danton quiso arrancar de la asamblea una victoria cedida ya á medias por Vergniaud. «Justicia ante todo de la comisión, dice esforzando cuanto puede la voz. Ha merecido la indignación popular; recordad mi discurso contra ella, ese discurso moderado. Un hombre á quien la naturaleza ha criado apacible y sin pasiones, el ministro de lo Interior, os ha aconsejado que libertáseis á sus víctimas. Esa comisión la habeis creado, no para ella, sino para vosotros. Examinad sus actos. Si es culpable, haced un terrible escarmiento que amedrente á los que no respetan al pueblo, aun en su exageración revolucionaria. El cañon ha retumbado; pero si París os ha querido dar una gran señal para provocar las representaciones que os trae; si París por una convocación demasiado solemne y estrépito no ha querido otra cosa que avisar á todos los ciudadanos para que viniesen á pedir justicia, París ha merecido aun bien de la patria. Lejos de vituperar esta explosión, utilizadla en provecho de la causa pública aboliendo vuestra comisión.»

Unos murmuran y otros aplauden. Danton lanza una mirada desdeñosa á la Llanura que se agita á sus pies. «No me dirijo, dice haciendo una señal á Vergniaud, solo me dirijo á los que han recibido algunos talentos políticos, y no á esos hombres estúpidos que únicamente saben hacer hablar á sus pasiones.» El ademán de su cabeza y la dirección de su vista dirigen á Guadet, Buzot y Louvet esta insolente invectiva. «Digo á los primeros, continúa Danton: Considerad la grandeza de vuestro fin que es el de salvar al pueblo de sus enemigos, de los aristócratas y de su propia cólera. La comisión ha estado bastante desprovista de sentido para tomar resoluciones temerarias y notificarlas al corregidor de París. Pido la

formacion de causa á sus miembros. ¿Decis que los creéis sin tacha? Pues yo creo que han servido á sus resentimientos. ¡Es preciso que se aclare este caos y que se haga justicia al pueblo!—¿Qué pueblo? dice la Llanura.—¿Que pueblo! prosigue Danton, ese pueblo es inmenso. Tiende la mano hácia las innumerables cabezas que se asoman en lo alto de las tribunas públicas. Ese pueblo es la centinela avanzada de la república. Todos los departamentos maldicen la tiranía y todos se adherirán á este gran movimiento que ha de esterminar á los enemigos de la libertad. Seré el primero en hacer una brillante justicia á esos valientes que han hecho resonar el aire con el toque de rebato y los cañonazos de alarma...» Los aplausos de las tribunas no le dejan concluir esta glorificación de Henriot y del comité revolucionario de la municipalidad. Danton, arrastrado mucho mas allá de la moderación que meditaba al comenzar á hablar, siente que se embriega en el delirio de su auditorio y que se irrita el furor que queria templar. Vuelve algun tanto en sí, y concluye diciendo: «Si algunos hombres, de cualquier partido que sean, quisieran prolongar un movimiento que será inútil despues de haber hecho justicia, París mismo los anondaría.» Por último, pide que se consulte á la Asamblea sobre la supresion de la comision de los Doce.

Rabaut pide en vano en medio de los murmullos que á lo menos se oiga la comision. Denuncia á Santerre que por la noche debia, segun él, marchar sobre París con los voluntarios destinados á la Vendée, y que para este acto de tiranía se han hecho acantonar á las puertas de la capital. Las palabras de Rabaut son interrumpidas, y antes que todo se quiere oír una diputación del ayuntamiento.

Vergniaud, apostrofado por las tribunas, pide que sean evacuadas. «Nos acusais, grita Rabaut á Bourdon de l'Oise, porque sabeis que debemos acusaros.» Se admite la diputacion del Observatorio, que en nombre del con-

sejo general dice que quiere comunicar las medidas que ha tomado. Ha puesto, dice, las propiedades bajo la guardia de los descamisados, y como esta clase no puede subsistir sin su trabajo, les ha señalado cuarenta sueldos diarios. «El pueblo, esclama el orador, que se ha levantado una vez, el 10 de agosto, para derribar al tirano del trono, se levanta de nuevo para frustrar las tramas liberticidas de los contrarrevolucionarios.—¡Denunciad esas tramas! le gritan los girondinos. Guadet irritado con tanta audacia, se lanza á la tribuna. Los peticionarios, dice, hablan de un gran complot y no se equivocan mas que en una palabra, y es que en lugar de decir que ellos lo han descubierto, deberian espresar que lo han ejecutado.» Las tribunas al oír esto parecen desplomarse sobre la cabeza de Guadet. «Dejad hablar á ese Dumouriez, dice Bourdon de l'Oise.—Creéis, prosigue Guadet, que las leyes pertenecen á las secciones de París ó á la república entera? Establecer una autoridad superior á las leyes es violar la república. ¿Y no se hacen superiores á la ley los que hacen tocar á rebato, cerrar las puertas de la ciudad y resonar el cañon de alarma? No son las secciones de París, son algunos foragidos.—Queréis perder á París; le estais calumniando.» le grita la Montaña.—El amigo de París soy yo; los enemigos de París sois vosotros, replica el orador.» Quiere continuar, pero los gritos é invectivas le cortan la palabra.

XVI.

El presidente amenaza á las tribunas con hacerlas desocupar. «Una autoridad rival se levanta junto á vosotros, prosigue Guadet, si dejais subsistir ese comité revolucionario...» Su voz espira de nuevo entre el tumulto. Apenas se oyen sus conclusiones que se reducen á anular todas las medidas tomadas por la municipalidad y

encargar á la comision de los Doce que descubra y castigue á los que han hecho cerrar las puertas de la ciudad tocar á rebato, y disparar los cañonazos. Vergniaud sucede á Guadet para atenuar la irritacion producida por las palabras de su amigo. ¿Por ventura tendrán los girondinos solos el derecho de hablar? le grita Legendre. Couthon obtiene la palabra.

Robespierre habla en voz baja á su confidente y le sigue con la vista á la tribuna. «Sin duda hay un movimiento en Paris, dice Couthon. La municipalidad ha hecho tocar á rebato; pero estamos en un momento de crisis, en que puede tomar bajo su responsabilidad medidas exigidas por las circunstancias. Guadet la acusa de haber preparado la insurreccion. ¿Dónde está la insurreccion? ¿Es insultar al pueblo de París decirle que está en insurreccion? Si hay algun movimiento, vuestra comision es quien le ha producido. Esa faccion criminal es la que para encubrir un gran complot quiere un gran movimiento. Esa faccion es la que divulgando tales calumnias, quiere encender la guerra civil, dar á nuestros enemigos el medio de entrar en Francia y proclamar un tirano. Recordad, ciudadanos, que la corte buscando siempre nuevos medios de perder la libertad, inventó el establecimiento de un comité central. Del mismo modo, la fraccion de los hombres de Estado ha hecho crear una comision. La comision de la corte y la de los Doce, hicieron prender á Hebert. La primera dió mandamiento de prision contra tres diputados, y cuando vió que la opinion la abandonaba, se aventuró á recurrir á la fuerza armada. ¿No es esto precisamente lo que está haciendo la comision de los Doce? este paralelo artificioso de Couthon entre los actos de dos tiranías, escitó el estremecimiento de las tribunas, porque semejante paralelo retraia al 10 de agosto. El orador interrumpido por los aplausos, parecia gozar por el odio que habia escitado y que le faltaba la voz para terminar su discurso.

Vergniaud conoció á dónde se dirigia el golpe, y se volvió hácia el ugier que renovaba el vaso de agua de los oradores en la tribuna. «Dad á Couthon, dijo, un vaso de sangre: tiene sed de ella.» Recobrando en seguida su calma y viendo que las circunstancias exigian algun sacrificio para desarmar al pueblo, subió á la tribuna. «Y yo tambien, dijo, pido que decreteis que las secciones de Paris han merecido bien de la patria, manteniendo la tranquilidad en dia tan critico y que las inviteis á continuar ejerciendo la misma vigilancia hasta que todas las maquinaciones queden burladas.» Esta proposicion de doble sentido fué decretada por ambos partidos, cansados ya, creyendo cada uno de ellos votarla contra el otro.

Pero sobrevienen otros peticionarios, los cuales piden con grande imperio que los diputados *traidores á la patria* sean entregados á la espada de la justicia; un ejército revolucionario de Paris, levantado con el socorro individual de cuarenta sueldos diarios; el arresto de los veinte y dos girondinos; el precio del pan fijado en tres sueldos libra á espensas de la república; y el armamento general de los *descamisados*. Despues de estos peticionarios, vienen los miembros municipales de Paris á leer una representacion fulminante contra los girondinos. «Han querido destruir á Paris, dice su presidente Lhuillier. Si Paris desaparece de la superficie del globo, será por haber defendido contra ellos la unidad de la república. ¡La posteridad nos vengará! ¡Ya es tiempo, legisladores, de terminar esta lucha! ¡La razon del pueblo se irrita por tanta lentitud! ¡Tiemblen, sus enemigos! ¡Su magestuosa cólera está pronta á estallar! ¡Tiemblen, sí! El universo se estremecerá de su venganza. Isnard ha provocado la guerra civil y la destruccion de la capital. Os pedimos el decreto de acusacion contra él y sus cómplices, los Brissot, los Guadet, los Vergniaud, los Gensonné, los Buzot, los Barbaroux, los Roland, los Lebrun y los Clavio-

re. Vengadnos de Isnard y de Roland, y dad un gran ejemplo.

XVII.

Apenas se escuchó esta representacion, cuando la multitud que seguia á la diputacion se esparció por los bancos de la Montaña. Vergniaud y Doucet reclaman contra una confusion que ahoga la discusion y anula la ley. «¿Pues bien, dijo Levasseur de la Sarthe, que pasen los diputados de la Montaña á aquel lado (enseña los bancos desocupados de la derecha). Nuestros puestos serán bien guardados por los peticionarios!» La Montaña obedece y se precipita al lado de los girondinos á la derecha del salon. Vergniaud pide que se haga venir al comandante de la fuerza armada para recibir las órdenes del presidente. Valazé protesta en nombre de las cuatrocientas mil almas que representa contra toda deliberacion que se efectúe bajo el poder de la insurreccion. Robespierre quiere hablar, Vergniaud se levanta: «La Convencion nacional, dice, no puede deliberar en el estado en que se halla, vamos á unirnos á la fuerza armada y á ponernos bajo la proteccion del pueblo.»

Vergniaud sale entonces con algunos amigos suyos, pero vuelve al momento, bien fuese rechazado por la multitud, ó bien sintiendo abandonar la tribuna á sus enemigos. Robespierre la ocupaba ya y reconvenia á la asamblea por la actitud vacilante en que estaba y la insignificancia de sus resoluciones. Vergniaud que oye estas últimas frases del orador, pide la palabra. Robespierre mirando con desden á Vergniaud desde la tribuna:

«No ocuparé á la asamblea, dice, con la fuga y el regreso de los que han desertado de sus bancos. No se salva la patria con medidas insignificantes. Vuestro co-

mité de salvacion pública os ha hecho por medio de Barrere varias proposiciones, de las cuales adopto una, que es la supresion de la comision de los Doce. ¿Pero creéis que sea bastante para satisfacer á los amigos inquietos por la salvacion de la patria? No. Esta comision ha sido ya suprimida, y el curso de las traiciones no se ha interrumpido. Tomad contra sus miembros las medidas vigorosas que los peticionarios acaban de indicaros. Hay hombres aqui que quisieran castigar esta insurreccion como un crimen. ¿Volvereis á poner la fuerza armada á disposicion de los que quieren dirigirla contra el pueblo?» Aqui Robespierre parece querer debatir sin explicarse claramente las diferentes medidas propuestas por las circunstancias. Vergniaud, cansado de esperar el golpe que Robespierre mueve así sobre su cabeza, esclama con impaciencia. «¡Concluid!» á cuya voz estallan violentos murmullos contra aquel; pero éste dice, mirando con desdeñosa sonrisa al que le ha interrumpido: «Si, voy á concluir y contra vosotros; contra vosotros que despues de la revolucion del 10 de agosto, queriais llevar al cadalso á los que la han hecho; contra vosotros que no habeis cesado de provocar la destruccion de París; contra vosotros que quisisteis salvar al tirano; contra vosotros que habeis conspirado con Dumouriez; contra vosotros que habeis perseguido con encarnizamiento á esos mismos patriotas, cuya cabeza pedía Dumouriez; contra vosotros, cuyas criminales venganzas han provocado esa insurreccion con que pretendéis acriminar á vuestras víctimas; opino, en fin, por el decreto de acusacion contra los cómplices de Dumouriez y contra todos los que han sido designados por los peticionarios.»

Todas las conclusiones de Robespierre, aplaudidas por la Montaña, los peticionarios y la tribuna, quitaron á Vergniaud hasta la idea de contestar. Todo el peso de la Convencion y del pueblo pareció caer sobre los girondinos. Calláronse; se puso á votacion el decreto propuesto